

ner con dignidad para los hombres ese estado social de orden y respeto que en vano han tratado de establecer las leyes en el mundo. Una agrupación de individuos que se dicen iniciados en los trascendentales arcanos de ese arte incomprensible de domar las ingénitas altiveces humanas, y que han encontrado una amable y productiva ocupación en el manejo y reparto del dinero que la ley extrae violentamente del bolsillo de los ciudadanos. Un círculo privilegiado y arrogante que en la obra de su conservación emplea todos los medios, aun aquellos violentos y brutales contra los cuales clama indignado el pensamiento humano. Una mano fuerte que os despoja lenta, suavemente, y luego os oprime y os ahoga si no tenéis la energía necesaria para resistir á sus abrumadores impulsos.

Y el Estado no evoluciona jamás. En él se ha refugiado ese espíritu de conservatismo que el progreso va venciendo en las esferas sociales más modestas y allí se parapeta y se hace fuerte y opone á todas horas resistencia á toda renovadora iniciativa. No hay que esperar, pues, en los Gobiernos, eximios representantes del Estado, el grado de ventura social que ambicionamos. Ellos seguirán siendo exclusivistas, arbitrarios, inhumanos, hasta el último día de su existencia en que el glorioso concierto de todas las voluntades de los hombres, se alzará triunfante sobre las insensatas preocupaciones que han imprimido inciertos rumbos á la sociedad actual.

Al hablaros así, no vayáis á creer que trato de encender en vuestros corazones la hoguera de las violencias temerarias. Tengo fe en la persuasión dulce y tranquila que flota en el naufragio de las impetuosidades delirantes, y ansío apagar con ella en vosotros esa sed de mando y de botín, único móvil que puede impulsar hoy á los hombres en el oscuro sendero de la

política. Si sorprendierais á algunos de esos flamantes estadistas que os deslumbran con el oropel de su elocuencia, en uno de esos ratos de íntima sinceridad que todos tenemos—cuando grita la conciencia hasta hacerse oír de nuestro frívolo y vanidoso pensamiento—comprenderíais el fondo de verdad que encierran éstas que ahora se os antojan lúgubres fantasías. ¿Por qué, pues, ha de seguir por tal camino quien tiene el vigor y el sentimiento necesarios para librar con honor é independencia las esforzadas contiendas de la vida?

¡Honor é independencia os dije! Sí. ¿Conocéis por ventura alguna independencia efectiva que no se base en las gratas y severas prácticas de la honradez?

No la conocéis ¿verdad? No, porque la independencia moral del individuo sólo puede vivir entre la paz grande y excelsa de una conciencia sin manilla.

Pero... ¿por qué bajáis desconcertados la cabeza, como abrumada bajo el fardo de íntimas y dolorosas confesiones?

¡Ah, ya comprendo! No cultiváis el respeto de vuestra conciencia con el empeño que debierais. Gastáis buena parte de vuestro dinero en las tabernas y afemináis el carácter en holganzas y placeres denigrantes. El trabajo os pesa como una maldición en vez de pareceros la bendición con que la vida llena de inefables satisfacciones esta breve jornada por el mundo, porque vuestra voluntad se va agostando por falta de austeridad y de amor.

Escuchadme, compañeros, y levantad esas frentes que ha abatido el vendaval de mi reproche. Largo es el camino y lo andaremos juntos. Alumbraré todos los pasos con la débil lamparilla que puso el esfuerzo entre mis manos.

JOSÉ MARÍA ZELEDÓN